

dictamen de su cristiana conciencia, mandó que fuesen devueltos a su país nativo.

A fines de octubre llegó Aguado a la *Isabela* y en el desempeño de su comisión se dió al momento a conocer por uno de esos hombres de ruines ideas, que, envalentonados con un poder pasajero, olvidan las consideraciones y respetos que deben a los demás, y se afanan en ostentar una autoridad de que a cada paso se muestran indignos. A su llegada a la *Isabela*, hallábase ausente el almirante, recorriendo el interior de la isla, y tenía el mando de la colonia su hermano Bartolomé, a quien, en uso de las facultades que le habían concedido sus soberanos, le había dado el título que luego fué confirmado por aquellos, de Adelantado, y de Gobernador. En vista de ésto, comenzó Aguado a entrometerse desde luego en todos los negocios de la isla, habiendo hecho antes publicar al ruido de tambores y trompetas el título con que era enviado por sus soberanos. Desentendiéndose de la autoridad que ejercía en la *Isabela* Bartolomé Colón, tomó una intervención directa en todos los asuntos públicos, exigió cuentas a los empleados y aún mandó arrestar a varias personas. No contento todavía con tan irregular proceder, ya más que suficiente para lastimar en lo más vivo el amor propio del almirante, criticaba en público todas las medidas que éste había, dictado, y acogía favorablemente todas las acusaciones que contra él le dirigía la multitud de descontentos, convirtiéndose de este modo en un verdadero protector de todos sus enemigos, a quienes ofrecía pronta reparación de las injurias de que se quejaban.

Tan luego como recibió D. Cristóbal Colón la noticia de la llegada de Aguado a la colonia, y de la conducta que observaba en ella, se puso en marcha para la *Isabela*, con el objeto de tener con él algunas explicaciones; más considerando después que era inútil y aún peligroso para la tranquilidad pública el entrar en altercados con un hombre cuyo comportamiento lo hacía tan despreciable, le manifestó al presentársele la completa deferencia con que estaba dispuesto a respetar en él las órdenes que traía

de sus soberanos, y se dispuso a pasar a España lo más breve que le fuera posible, creyendo que ya era tiempo de ir él en persona a vindicarse en la corte de todas las calumnias que se habían hecho valer contra su reputación para arrebatarse la confianza de los reyes.

Entretanto. Aguado, considerando que con todas las innumerables quejas, reales o imaginarias, que había recogido contra el almirante y sus hermanos, estaba ya concluído el objeto de su misión, y se preparaba también para regresar a España; pero una de esas furiosas tormentas que de vez en cuando se levantan entre los trópicos, y que echó a pique y estrelló contra la playa todos los buques que estaban en el puerto, con excepción de la carabela "Niña", lo obligó a detenerse hasta que pudo concluirse una carabela que Colón mandó construir con los despojos de los buques perdidos. Este contratiempo fué bastante favorable a éste, por haberse descubierto en aquellos días unas minas de oro cerca de la desembocadura del río Ozema, a cuyo sitio, por ser más sano que el de la *Isabela*, dispuso Colón que se trasladara la colonia, fundándose en consecuencia la ciudad de **Santo Domingo**, que, como hemos visto antes, fué el origen de este nombre, con que es todavía hoy conocida la isla de Haití o la Española.

Luego que estuvo acabada la nueva carabela, y reparada la "Niña" de lo que había sufrido en la última tempestad, dispuso Colón su viaje a España, dejando el gobierno de la colonia a su hermano Bartolomé, quien, en caso de muerte, debería ser sucedido por su otro hermano Diego, y el 10 de marzo se dieron a la vela los dos pequeños bajeles, llendo en uno de ellos Aguado, y en el otro el almirante. Las frecuentes calmas y vientos contrarios con que tuvo que luchar durante un mes, lo obligaron a principios de abril a tocar en las islas **Marigalante** y **Guadalupe**, y por fin, después de una larga y penosa navegación, anclaron en el puerto de Cádiz el día 11 de junio de 1496. A su llegada, tuvo Colón el gusto de ver en el mismo puerto, listas para partir, tres carabelas que el gobierno enviaba con provisiones para la

colonia, a cargo de Pedro Alonso Niño, quien se dió en efecto al mar el 17 de aquel mes.

A poco tiempo de su arribo a Cádiz, recibió una carta de sus soberanos, en la cual le daban la bienvenida en términos muy expresivos, y lo invitaban a que pasara a la corte, a donde se dirigió sin demora, logrando con sólo su presencia destruir todas las acusaciones de sus enemigos. Aunque Colón llevó consigo esta vez, como la anterior, algún oro y varias muestras de los ricos productos del nuevo hemisferio, no causaron ya éstos el mismo efecto, porque había desaparecido la encantadora ilusión de la novedad, y ésta había sido sustituida en la opinión pública por una incredulidad tan grande acerca de las prometidas riquezas de los países nuevamente descubiertos, como lo había sido la confianza que se concibió a la vuelta del primer viaje. Las exageradas relaciones de los enemigos del almirante, que a la vez que trataban de apocar la hermosura y riquezas del **Nuevo Mundo**, pintaban con los más negros colores las enfermedades y trabajos que en él se sufrían, habían destruído completamente las risueñas esperanzas que antes se habían hecho nacer. Sólo la reina Isabel, penetrada cada vez más profundamente del mérito de Colón, y de la importancia de continuar los descubrimientos a que había dado principio este hombre ilustre, se mantenía firme en su resolución de favorecerlo, y accedió desde luego al deseo que éste le manifestó de emprender un tercer viaje; pero las tristes circunstancias en que desgraciadamente se encontraba el tesoro de España en aquellos momentos, por las fuertes atenciones que pesaban sobre él, hacían inevitable alguna demora, mientras se reunían los recursos necesarios para ello. Por una parte los gastos de la colonia, que hasta entonces habían sido mucho mayores que los productos sacados de ella; por otra las guerras de Italia, y por último, la ostentosa magnificencia con que a la sazón se estaban celebrando las bodas de la princesa Juana con Felipe, archiduque de Austria, y del príncipe Juan con Margarita, hermana de aquel, de cuya alianza resultó luego el

inmenso imperio de Carlos V, nieto y sucesor de los reyes católicos, tenían de tal manera agotado el tesoro español, que la reina Isabel, para pagar los costos de dos carabelas con víveres, que por consejo del mismo almirante despachó en aquellos días para la colonia, tuvo que echar mano del dinero que estaba destinado para los gastos del casamiento de su hija Isabel con el rey de Portugal. Además de estos inconvenientes que se oponían a la pronta realización del tercer viaje de Colón, había también que luchar con la enemiga declarada de D. Juan de Fonseca, director de los negocios de Indias, quien, con motivo de un disgusto que había tenido con el almirante, antes de que éste emprendiese su segundo viaje, no perdía ocasión de mortificarlo y de embazararle sus planes, abusando de los medios que para ésto le daba el cargo que ejercía.

Por otra parte, el desconcepto en que por los motivos ya expuestos, habían caído los viajes de Colón, hacía casi imposible el encontrar personas que voluntariamente quisieran acompañarlo. Para vencer esta dificultad, fué preciso ocurrir al ruinoso medio de tomar delincuentes, conmutándoles sus condenas en cierto número de años de residencia en las Indias; medio sin duda el más a propósito para hacer la desgracia de las nacientes colonias, porque trayendo consigo aquellos hombres perdidos, todos los gérmenes de la corrupción e inmoralidad que desde tiempos remotos infestaban la sociedad en el viejo mundo, no podían menos de dar sus detestables frutos en el nuevo, y aún el mismo almirante, que fué quien indicó tan funesta medida, no tardó en experimentar sus tristes consecuencias.

Obligado Colón por todas estas dificultades a permanecer en España más tiempo del que deseaba, lo único que templaba su disgusto e impaciencia al verse paralizado de aquella manera, eran las señaladas pruebas de afecto que le daban los monarcas, y particularmente la reina Doña Isabel, pues D. Fernando comenzaba ya a verlo con alguna frialdad. En efecto, además de confirmársele de nuevo todas las prerrogativas y dignidades que

se le habían concedido anteriormente, se le ofreció una heredad en la Española de 50 leguas de longitud y 25 de latitud, con el título de Duque o Marqués, lo cual rehusó aceptar, temiendo que ésto excitase aún más la envidia que ya le tenían los colonos, y por último, para satisfacer sus deseos de perpetrar en su familia la memoria de sus ilustres hechos, se le concedió el derecho de establecer un mayorazgo con todos sus títulos de nobleza, siendo lo más lisonjero para su alma elevada, el ver que al hacérsele tan distinguidas concesiones, se decía en ellas que eran para honrarlo por "sus muchos, buenos, leales e grandes e continuos servicios".

A estas medidas para satisfacción particular del almirante, se añadieron otras para promover los adelantos de la colonia. Concediósele permiso para llevar a ella hasta trescientas treinta personas, pagadas por el real tesoro, las cuales debían formarse en este orden: "cuarenta escuderos, cien peones de guerra e de trabajo, treinta marineros, treinta grumetes, veinte lavadores de oro, cincuenta labradores, diez hortelanos, veinte oficiales de todos oficios, y treinta mujeres". (1). Este número se aumentó luego a quinientos, con la condición de que el exceso se pagaría con los productos de la colonia. Se le autorizó además para que concediese tierras en ella a los que quisieran cultivar viñas, caña dulce, y huertas con frutales, con la condición de que habían de permanecer en la isla cuatro años después de hecha la concesión.

No obstante todas estas medidas, que prueban la buena disposición de la reina para apoyar los deseos de Colón, tuvo éste que sufrir aún largas dilaciones, hasta que por último, vencidas todas las dificultades, se dió de nuevo a la vela del puerto de San Lucas de Barrameda, con seis carabelas, el día 30 de mayo

(1).— Fernández Navarrete, Viajes y descubrimientos de los españoles, tomo 2º, pág. 181.

de 1498. Tomando un rumbo más hacia el sur que en sus viajes anteriores, tocó en las islas del Puerto Santo y Madeira, y el 19 de junio arribó a la Gomera, donde llegó muy a tiempo para salvar un buque español que con su tripulación había sido apresado por un corsario francés. El 21 dejó a la Gomera, y despachando tres de las carabelas con la orden de que navegasen directamente hacia la Española, siguió con las tres restantes el rumbo que se había propuesto, y después de una penosa navegación, llegó el 31 de julio a una isla situada a los 11º de latitud norte, a la cual llamó **La Trinidad**, con cuyo nombre se conserva hasta hoy. Al día siguiente, 1º de agosto, continuó recorriendo la costa al sur de la isla con dirección al occidente, y el 2 ancló delante de un promontorio situado en la tierra firme, cerca de la entrada al golfo de Paria, lo cual le proporcionó la gloria de ser él el primero que puso el pié en el vasto continente americano, como lo había sido en descubrir el camino que a él conducía.

Colón, sin embargo, no conoció entonces que aquellas playas que tenía a la vista eran de la tierra firme, sino que creyó fuese esta una de tantas islas; y no considerando seguras sus naves con el punto en que estaban ancladas, por la rapidez con que pasan las corrientes en el estrecho formado al oriente por las costas de Paria y la **Trinidad**, al cual puso el almirante el nombre de **Boca de la Sierpe**, se determinó a atravesarlo. Navegando hacia el norte, se encontró con otro estrecho más peligroso que el que acababa de pasar, y es el que se forma por los dos elevados promontorios que se encuentran uno frente al otro, el primero en la isla de la **Trinidad**, y el segundo en el cabo de Paria que se dilata del continente, cerrando la parte del norte del golfo, cuyo cabo creyó Colón que era una isla, a la que dió el nombre de **Isla de Gracia**. A este último estrecho le llamó **Boca del Dragón**.

No queriendo exponerse a los peligros que había en su paso, siguió costeano la supuesta **Isla de Gracia**, con el objeto de llegar a su fin y dirigirse luego al norte para ir a la **Española**. Después de navegar muchas leguas por la costa, ancló el día 6

en la desembocadura de un río, donde, aunque con alguna dificultad, logró entrar en amistosas relaciones con los naturales. Colón notó desde luego en éstos alguna superioridad, tanto física como intelectual respecto de los demás indios que hasta entonces había visto en el **Nuevo Mundo**; pero lo que más llamó su atención fué ver que llevaban algunos de ellos como adorno unas sargas de perlas. Esto despertó naturalmente su codicia y la de sus compañeros, quienes se apresuraron a tomárselas a los indios, dándoles en cambio cascabeles y otros juguetes de metal, y luego que reunieron una cantidad suficiente para enviarla a los reyes de España, pensó el almirante en continuar su viaje.

Aunque conservaba todavía la idea de que aquella tierra era una isla, no quiso seguir el reconocimiento con su buque, que por ser el mayor, no era el más apropiado para ello, y despachó con este objeto una carabela pequeña, la cual volvió al día siguiente con la noticia de que hacia la parte occidental había una abertura de dos leguas, que conducía a un golfo interior circular, rodeado de cuatro aberturas que parecían pequeños goifos o más bien bocas de ríos, por ser aguas dulces las que de ellas entraban al mar. A este golfo interior llamó Colón **Golfo de las Perlas**, por la idea equivocada que tuvo de que abundaban éstas en sus aguas.

En vista de las noticias que le comunicaron los que envió en la carabela, tenía grandes deseos de continuar explorando aquellos países; pero el mal estado de su salud, por los fuertes ataques de la gota que había sufrido durante este viaje, y la enfermedad que había comenzado a padecer en los ojos, así como el estar ya casi agotadas las provisiones que traía a bordo, lo obligaron a desistir por el momento de aquella empresa, y el 13 de agosto se dirigió a la **Boca del Dragón**, la cual logró atravesar al día siguiente. Fuera ya de este peligroso paso, vió al N. E. dos islas, a las que llamó la **Asunción** y la **Concepción**, y que sin duda son las que hoy se conocen con los nombres de **Tabago** y la **Granada**. Siguiendo luego navegando al occidente por la parte es-

terior de la costa de Paria, descubrió el 15 las islas **Margarita** y **Cubagua**; recogió en esta última algunas perlas, y se dirigió luego a la **Española**, no siéndole ya posible continuar en el reconocimiento de aquellas costas, por haberse agravado su enfermedad en los ojos hasta el extremo de que no podía ya por sí mismo hacer las observaciones, y tenía que sujetarse a las de los pilotos y marineros. El 19 de agosto tocó en la isla **Española**, cincuenta leguas al occidente de la desembocadura del río Ozema, y a la mañana siguiente ancló en la isla **Beata**, veinte leguas más hacia aquel punto. Envió un bote a tierra en busca de unos mensajeros indios, y con ellos mandó una carta a su hermano el Adelantado, participándole su llegada. Detúvose allí unos días, y dándose de nuevo a la vela, ancló en la boca del Ozema el 30 del mismo mes.

A su llegada a aquel puerto, donde se proponía descansar de los padecimientos que había sufrido en su último viaje, tuvo el disgusto de saber que los negocios de la colonia se encontraban en un estado espantoso. Desde su salida para España en marzo de 1496, su hermano Bartolomé, que, como se ha visto, quedó encargado del gobierno de la isla, se había ocupado primeramente en la construcción del fuerte en el río Ozema, y luego en extender el cobro del tributo a todos los caciques indios, ya en oro, o ya en algodón y comestibles, procurando obtener el pago de aquella contribución por medios suaves para que no se alterase la armonía que era conveniente conservar entre ellos y los europeos. Esto último lo había logrado fácilmente en cuanto a los naturales, quienes se prestaron gustosos a darle cuanto deseaba, viendo que eran tratados por él con dulzura y humanidad; pero no le fué posible conseguir con la misma facilidad de todos los colonos españoles el que contribuyesen por su parte a la conservación de un estado de paz que a ellos más que a ningún otro convenía.

Como hemos visto antes, muchos de los colonos tenían grande repugnancia a obedecer al almirante, considerándolo siempre como

un extranjero, y que se sujetaban a ello únicamente por el favor con que lo distinguían sus soberanos, y porque en fin, había sido el descubridor de aquellos países; mas no concurriendo las mismas circunstancias en sus hermanos Bartolomé y Diego, veían a estos como a unos intrusos aventureros, que sin más títulos que los méritos de aquel, se complacían en oprimir a los españoles. Aumentándose este disgusto entre la multitud a medida que pasaban días sin recibirse nuevas provisiones de España, y que las enfermedades y escaseces hacían más desesperada su existencia, se iba formando contra el Adelantado un espíritu tal de sedición, que no necesitaba más que de un hombre atrevido que lo dirigiese para estallar. No tardó en aprovecharse de estas disposiciones un tal Francisco Roldán, alcalde mayor de la colonia, quien, no dudando por otra parte que con los informes que había llevado Aguado a la corte, era segura la caída del almirante de la gracia de los reyes, juzgó tal vez oportuno el momento para apoderarse del mando absoluto de la isla y sacar así un buen partido de la desgracia de aquél. Con este intento, valiéndose del pretexto de que se echase al agua una carabela que se había sacado a tierra de orden de Diego Colón, promovió un motín en la *Isabela*; más no logrando con ésto su objeto de hacerse del gobierno, se marchó luego en unión de todos los conjurados, con dirección a los fuertes situados en diversos puntos de la isla, cuyas guarniciones no dudaba se le unirían en su totalidad. Engañado en sus esperanzas, por haberse negado a favorecer sus sediciosas miras los jefes y soldados que guarnecían las principales fortalezas, llevó su perversidad hasta procurarse la alianza de los indios contra sus mismos compatriotas, incitándolos a que no pagasen el tributo, y ofreciéndoles que él los libertaría de éste y los otros vejámenes que les hacían sufrir el almirante y sus hermanos.

Luego que supo el Adelantado estos infames manejos de Roldán, y que se proponía éste atacar el fuerte de la *Concepción*, marchó con algunas fuerzas en auxilio de su corta guarnición. De-

seando evitar aquella escandalosa lucha armada entre los mismos colonos, tuvo una entrevista con Roldán, con el objeto de hacerlo volver al orden, pero en vano, pues de ninguna manera quiso éste prestarse a obedecerlo. Por el contrario, aprovechándose de la ausencia del Adelantado de la *Isabela*, se dirigió con los suyos a aquel punto, donde, al grito de ¡viva el rey! forzó las puertas de los almacenes reales, tomando de ellos las armas, municiones y vestidos que necesitaba para su gente, con la cual pasó luego al cercado donde se criaban las vacas y otros animales de Europa, de los que tomó también el número que juzgó necesario, regresando después a las cercanías del fuerte de la *Concepción*, con el proyecto de atacarlo, o apoderarse si era posible de la persona del Adelantado. La situación de éste se hacía cada día más difícil y comprometida, cuando recibió la agradable noticia de haber llegado al nuevo puerto de *Santo Domingo* las dos carabelas que salieron de España cuando el almirante estaba todavía allí, en las cuales venían víveres de varias clases, municiones y algún refuerzo de tropas.

Luego que recibió tales nuevas, se puso Bartolomé Colón en marcha para *Santo Domingo*, y aunque Roldán lo fué siguiendo de cerca, no pudo estorbarle que llegase a aquel puerto. Además de las provisiones y gente venida en las carabelas, recibió Bartolomé la confirmación real del título de Adelantado que le había dado su hermano, la cual mandó publicar inmediatamente en la colonia para hacer cesar las dudas que los rebeldes hacían circular acerca de la legitimidad de su autoridad. Bien hubiera podido éste, con los refuerzos recibidos, atacar a Roldán y reducirlo al orden por la fuerza; mas conociendo las funestas consecuencias que necesariamente traería el ensangrentar la discordia entre los mismos pobladores de la naciente colonia, a la vista de los naturales, quiso tentar nuevos medios de conciliación, y envió a aquel jefe de los rebeldes proposiciones de paz, comisionando para esto a Pedro Hernández Coronel, el cual acababa de llegar en las carabelas venidas de España, nombrado por los reyes al-

guacil mayor de la isla. Este acto de lenidad fué de todo punto inútil, pues Roldán se negó abiertamente a someterse a la obediencia del Adelantado, y, resuelto a continuar en la perversa senda que había emprendido, se dirigió con su gente hacia el interior de la isla.

Como era de esperarse, no tardaron mucho en hacerse sentir los efectos consiguientes a aquella división entre los colonos. No limitándose los caciques seducidos por Roldán a rehusar el pago del tributo, y alentados por las ofertas que éste les hizo de proteger su desobediencia a las órdenes del Adelantado, se propusieron hostilizar a las tropas de éste y aun dieron un ataque, aunque sin fruto, al fuerte de la Concepción. Este paso atrevido, obligó a Bartolomé Colón a adoptar un sistema de terror, creyendo necesario hacer algunos escarmientos para cortar en su principio una clase de guerra que podía ser tan funesta para los naturales como para los europeos. Con este intento, se dirigió con fuerzas suficientes al interior de las provincias insurrectas, donde tuvo varios encuentros con los indios, en los que perecieron muchos de éstos, hizo prisioneros algunos caciques, y quedaron reducidas a cenizas diversas de sus poblaciones.

Tal es en resumen la historia de los tristes acontecimientos que tuvieron lugar en la Española durante la ausencia del almirante y en vista de ellos es fácil comprender cuál sería el estado de miseria y abatimiento en que a su llegada se encontraba la naciente sociedad de la colonia. En efecto, entregados los colonos a una lucha de mezquinas pasiones, poco o nada se habían dedicado a promover los elementos necesarios para el futuro bienestar y prosperidad material de la isla. El cultivo de la tierra había sido completamente abandonado, no ya solo por los españoles sino también por los indios, que temerosos de las violencias a que se veían expuestos, se habían alejado de los sitios en que aquellos habitaban. La explotación de las minas se hallaba en igual abandono, y por último, aun las rentas procedentes del tributo impuesto a los naturales, habían desaparecido casi enteramente, porque a

consecuencia de haber inducido Roldán a varios de los caciques a que no pagasen aquella contribución al Adelantado, se había visto éste en la necesidad de no exigirla a los demás que aun se mantenían en buena amistad con él, para no dar motivo a que se fomentara la rebelión.

Desde el momento de su llegada, se dedicó Colón a restablecer el orden, procurando conciliar los ánimos indispuestos y hacerlos entrar en el sendero de la justicia; pero en vano, pues el mayor obstáculo que se oponía a sus buenos deseos, era la misma gente que últimamente había traído de España, gente acostumbrada ya a una vida vagabunda y criminal, libertada del patíbulo en su patria, y que como era de esperarse, sirvió únicamente para aumentar el número de los sediciosos en la colonia. Para evitar que continuase por más tiempo aquel estado de perpétua insurrección, que acabaría sin duda por destruir completamente la nueva colonia, y con ella hasta la esperanza de continuar por entonces los importantes descubrimientos que se proponía hacer todavía, entró el almirante en negociaciones con los rebeldes, empleando alternativamente con ellos la persuasión y las amenazas, y al fin logró pacificarlos, aunque en apariencia, haciendo que algunos regresaran a España, y halagando a otros por medio de concesiones que menoscabaron mucho su autoridad. Una de estas concesiones fué la de darles en propiedad grandes terrenos, con la facultad de emplear para su cultivo un número determinado de naturales. Tal fué el origen de los repartimientos, cuyo sistema, haciéndose extensivo más tarde a todos los puntos de la América conquistados por los españoles, estableció en ella un verdadero feudalismo, bajo el cual se cometieron con los indios abusos y crueldades, cuya relación hace hoy estremecer a la humanidad.

Más de un año necesitó Colón para restablecer de este modo la tranquilidad en la Española; pero esta tranquilidad no podía ser duradera, existiendo, como existían, los mismos elementos que antes la habían alterado. Así es, que no pasó mucho tiempo sin que se repitiesen nuevas escenas de discordia entre los mis-